

Ventura, María Virginia

*El otro Judas de Abelardo Castillo: traición o
acto de amor*

VI Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología
“El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”
Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Teología – UCA
Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Ventura, María V. “El otro Judas de Abelardo Castillo : traición o acto de amor” [en línea]. Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología “El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”, VI, 17-19 mayo 2016. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras. Facultad de Teología ; Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/otro-judas-abelardo-castillo.pdf> [Fecha de consulta: ...]

***El otro Judas* de Abelardo Castillo: Traición o acto de amor**

El origen de *El otro Judas*, según su autor, es una pregunta: ¿Y si Judas no traicionó? ¿Y si fue un pacto entre Jesús y Judas? ¿Si ese fue un pacto entre dos hombres que querían cambiar el mundo y uno necesitaba que el otro lo traicionara? (Castillo, *Colectivo Imaginario*)¹. Porque, ¿habría un Cristo si no hubiese muerto en la cruz? ¿Habría un Cristo si no hubiese habido traición? La traición de Judas se presenta como necesaria. Jesús la presagia, pero ¿acaso no existe un pacto secreto? Cristo debía morir en la cruz para redimir a la humanidad. Por eso, Castillo escribe esta obra con Judas como héroe. Un héroe condenado por la traición. Judas se sacrifica al traicionar por una causa superior.

Son numerosas las obras en torno a la figura de Judas, pero “en casi todas estas interpretaciones —y lo que diré no implica un juicio estético— el personaje, cuando no un perfecto canalla, es el traidor irredento o el predestinado maldito que ha de servir de antítesis a Jesús” (Castillo, *El otro Judas* 52). La originalidad de Castillo no se circunscribe a alterar lo bíblico, “en lo que atañe a los datos bíblicos, no pretendí ser demasiado original. No me pareció justificable —necesario— apartarme de cierto «esquema exterior», que, perteneciendo a la tradición popular, es de algún modo más legítimo” (52). El hecho de que no haya apartado su drama de la historia bíblica, permite que las cuestiones que plantea se manifiesten a nivel filosófico y teológico. Su originalidad está en esta posibilidad de aquel pacto secreto dentro de la historia original.

¹ La entrevista fue transmitida por televisión en el canal TN el día 24 de enero de 2016, pero ha sido rescatada desde la página web del mismo canal.

Zizek pone en cuestión la idea de traición. No se pregunta si la hubo o no, más bien se pregunta por su sentido. La traición de Judas, para el filósofo, es una traición por amor. “¿Quién de nosotros no ha experimentado, al estar fascinado por una persona amada que deposita en nosotros toda su confianza, que se encomienda total y ciegamente a nosotros, un deseo llanamente perverso de TRAICIONAR esa confianza, de herirla malamente, de destrozar su existencia por completo?” (Zizek 28).

En la obra de Castillo, Judas se presenta como la mano derecha de Jesús. Juan le dice: “Tú... que siempre fuiste el más sabio; tú, que nos explicabas el sentido de todas sus palabras” (Castillo, *El otro Judas* 15). El más joven de los apóstoles ve en Judas a un segundo maestro. Pero este, ahora, cuando Jesús se encuentra crucificado, cambia. Y se siente cambiado, ha cambiado en su fe. Él dice: “Judas ya se ha perdido sin remedio. Ha comenzado a dudar de los hombres” (18). La culpa lo atormenta. Aún ante el pacto, él siente culpa. El ama a Jesús y aun así lo ha entregado, lo ha entregado por amor. Esta idea que Zizek ve implícita en el texto bíblico, Castillo la vuelve explícita entre sus personajes.

Para Zizek, la traición de Judas es una traición “religiosa”: una traición por amor. “Todo líder verdadero, religioso, político o filosófico tiene que provocar una traición como ésta entre sus discípulos más íntimos” (Zizek 29). En *El otro Judas*, la traición es orquestada por Jesús, porque él es el Cristo. “PEDRO: ... Todos lo escuchamos [a Jesús]. ¿No comprendes, Judas?: él necesitaba morir, necesitaba que todo aconteciera como está escrito, para salvar nuestras almas. Esto estaba dispuesto desde siempre. David ya lo había anunciado. ¿No recuerdas aquel salmo que tú mismo nos recitabas?” (Castillo 30). Pero Judas niega que sea el Cristo, porque no vale lo mismo traicionar a un hombre que al hijo de Dios. Si Jesús es Dios, no necesitaba de los hombres para alcanzar la eternidad. “JUDAS: No puede serlo. Dios no vendría al mundo para negar a

Dios. Dios duerme en los dorados tabernáculos de los templos, no anda, hambriento, entre los esclavos y los leprosos. Dios es el símbolo de la única desigualdad contra la que no se puede luchar” (31). Pero hay en Cristo una necesidad de volverse un Dios histórico. Necesita ser eterno en la historia para su revolución. Para que la fe en ese Dios se extienda en una Iglesia universal.

La fe es lo que lleva a Castillo a pensar esta obra. La obra muestra que una de las principales cuestiones a las que Judas se enfrenta, son cuestiones de fe. Para Zizek, el Dios cristiano es el único dios que se niega a sí mismo. “En el cristianismo, Dios *muere para sí mismo*. Cuando Cristo dice ‘Padre, ¿por qué me has abandonado?’, comete lo que para el cristianismo es el pecado último: renegar de su Fe” (24). Pero en la obra de Castillo es Judas el que reniega de su fe. “JUDAS: ¡Él no era el hijo de Dios! ¡Aunque en un momento de locura lo haya dicho, no lo era! ¡Él era un hombre!: aunque a su muerte se derrumben el Sol y las estrellas, y se haga la noche eterna sobre el mundo” (*El otro Judas* 39). A Judas le ocurre en su fe, lo que Chesterton considera que le ocurre a Jesús. “En cierto modo sobrehumano, pasó por el humano horror del pesimismo. Cuando tembló la tierra, y el sol se ocultó en el cielo, no fue por la crucifixión, sino por el grito que partía de la cruz: el grito que confesaba que Dios había abandonado a Dios” (Chesterton 79). Pero en *El otro Judas* es Judas el que ha sido abandonado por Dios. “¿Por qué me abandonaste? ¿Por qué ha caído la sombra, y se ha rasgado el velo? ¡Quién sabe ahora de la espantosa soledad de Judas!” (Castillo 44). En la historia bíblica se considera que Cristo necesita esa traición para cumplir su misión, por lo que Zizek parece llegar a la misma conclusión que Castillo: “Aquellas ominosas palabras que pronunció durante la última cena, ¿no eran una ORDEN secreta para que Judas lo traicionara?” (Zizek 25). En esta obra de teatro, la orden se muestra explícita, la traición fue encomendada a Judas, y sólo él fue capaz de comprender lo que realmente Cristo pretendía. “Y él, mirándome con aquella mirada triste, que parecía hecha de la

tristeza de todos los hombres, me dijo: «Lo que tienes que hacer, hazlo pronto»” (Castillo, *El otro Judas* 46). Es posible ver cómo Santiago atestiguó dicha orden con inocencia, y la historia trasciende desde ese grupo que no sabía sobre pacto alguno. “SANTIAGO: ¿No lo recuerdas, Judas? El maestro habla contigo más que con nadie en los últimos tiempos. Anoche mismo te encomendó una tarea: «Lo que tienes que hacer, hazlo pronto», te dijo. Eres el último que lo sirvió. No tienes motivos para desesperar. Y en el huerto, antes de que lo prendieran, tú, Judas, lo besabas” (33). Santiago no logra ver la realidad. No ve en esa orden un pedido de traición, no ve en ese servir a Jesús propio de Judas el verdadero sacrificio. No ven que ese beso de traición es también un beso de amor. “¿No es, pues, Judas el último héroe del Nuevo Testamento, el único que estuvo dispuesto a perder su alma y a asumir la condena eterna para que pudiera culminarse el plan divino?” (Zizek 25). En esta idea de trascendencia que pretende Cristo, existe cierta perversión. En la historia bíblica no vemos un pacto con Judas, sino una manipulación. “¿En qué sentido preciso Cristo no estaba jugando con Judas un juego perverso de manipular a su discípulo más íntimo para que lo traicionara, acto que Él mismo necesitaba para poder cumplir su misión?” (29). Aun si tomamos *El otro Judas* como una posibilidad real, podríamos decir que la situación no cambia: Jesús hace que Judas lo entregue, pedirle a quien te ama que te traicione, puede ser tan perverso como manipularlo.

Cristo es un Dios que pide que lo traicionen, ya sea que se piense que no hubo traición (como propone *El otro Judas*) como si pensamos que realmente la hubo (algo que no parece quedar del todo explícito en la historia bíblica). “Mientras se quejaba de que alguien fuera a traicionarlo, Cristo le estaba dando a Judas, entre líneas, la orden de traicionarlo, pidiéndole el sacrificio más elevado, no sólo el sacrificio de su vida, sino también el de su “segunda vida”, el de su reputación póstuma” (Zizek 25-26). El Judas de Castillo es consciente de esto que ha

perdido. “Y nos enseñabas: «Quien ame a su alma, que la pierda». Yo no amaba mi alma, yo te amaba, maestro, y te lo hubiese perdonado todo” (Castillo, *El otro Judas* 44). La traición de Judas es una traición por amor. Para cumplir la misión revolucionaria de Cristo, Judas debe traicionarlo, siendo esta traición un acto de amor, una prueba última de amor. “Puesto que soy a través de mis otros, la traición al otro amado es la traición a mí mismo” (Zizek 27), y Judas elige traicionarse para conseguir el establecimiento de la Iglesia que se formará a partir de la crucifixión de Cristo. El Judas de Castillo como el Judas bíblico carga con la culpa de traicionar al amado, de traicionarse a sí mismo “JUDAS: Yo. Judas. El más infame. El que vendió a un hombre por el precio de un mulo (*hay algo majestuoso en sus palabras, despectivo y, al mismo tiempo, terrible.*) Por lo que vale un esclavo muerto” (Castillo, *El otro Judas* 36). Pero su acto es necesario. Determinará el nacimiento de la iglesia. “Judas es el ‘mediador evanescente’, entre el círculo original de los apóstoles y Pablo, el fundador de la Iglesia universal: Pablo literalmente reemplaza a Judas, al tomar su lugar entre los doce en una especie de sustitución metafórica” (Zizek 27).

Como líder religioso, el Rabí Jesús merece ser traicionado para alcanzar la eternidad. Judas asumirá en esa eternidad el rol del traidor, y sabrá que ha perdido todo por ello. “Y te aseguro que cuando se hacinen por escombros las grandezas de tu Roma, aún se hablará de Judas. Tú ya no existas para nadie, y yo seguiré siendo el símbolo de lo más protervo: la traición” (Castillo, *El otro Judas* 36-37). Pero esta traición es necesaria para que se conforme la Iglesia y para que Cristo se vuelva parte de la historia y la crucifixión misma se convierta en símbolo. Es una “traición noble”, que para Nietzsche se define como “la traición del individuo a favor de la Idea superior” (Zizek 26). Pero Judas, ¿comprende realmente esta idea? Ni siquiera el otro Judas

está seguro de haber hecho lo correcto. No parece conocer las verdaderas intenciones de Cristo. No le encuentra sentido a su acto.

Pero habría un sentido en someterse a lo temporal. Alcanzar otro tipo de eternidad. “Se dice que el tiempo es la prisión última (‘nadie puede salirse de su tiempo’) y que la filosofía y la religión en su conjunto giran alrededor de un mismo objetivo: derribar las puertas de esa prisión del tiempo y abrir las de la eternidad” (Zizek 22). Pero esas barreras de la eternidad no pueden ser derribadas fuera del tiempo. Jesús, al igual que los grandes hombres de la historia debe derribar las barreras del tiempo en la historia misma. “La traición temporal es la única manera de alcanzar la eternidad” (29), sólo si Judas traiciona a Jesús, este puede pasar a la historia. El Judas de Castillo lo comprende, pero sigue sintiendo culpa por aquel hecho. Necesita justificarse, necesita un testigo, pero da con La Vieja *sordomuda*. Y sabiendo que no será auténtica su confesión y justificación, sabiendo que no será oído y que su rol de traidor continuará como es debido, se confiesa ante ella: “Es la hermosa historia de un hombre que traicionó por amor. Su hermano le dijo: entrégame, amigo, ya es tiempo. Y había una piedad infinita en su voz cuando agregó: aunque más te valiera no hacer nacido... Y yo pensaba: después de esto, todos comprenderás... ¿Sabes?: el anunciaba un mundo donde todos seríamos hermanos” (Castillo, *El otro Judas* 45). ¿Hay perversión en esta traición, en este pedido de traición? Tanto Cristo como Judas estaban de acuerdo en la manera de llevar adelante su revolución. Sin embargo, Judas no sabía que Cristo iba a declararse hijo de Dios.

Cristo era todo para Judas. *El otro Judas* no comprende el verdadero sentido de su misión, el verdadero sentido de la traición. No comprende el accionar de Cristo, no comprende por qué en lugar de iniciar la revolución se proclama hijo de Dios. Judas siente que Jesús

enloqueció. “Porque él enloqueció... Y entonces, ayer, en la Casa de Caifás, dijo que era hijo de Dios” (Castillo, *El otro Judas* 46),

le dice a la sordomuda, y se lo dice con rencor, pero el espectador ve su terrible pesar.

Judas ha perdido la fe. No en Jesús, sino en los hombres. Por eso no puede continuar su Iglesia, otro debe tomar su lugar. Jesús está ausente, no responde. Dios ha muerto. No sólo para Nietzsche, el Dios cristiano se hizo hombre para morir crucificado y convertirse así en parte del tiempo histórico. Pero la muerte no es el fin último, sino el comienzo de la eternidad en la historia. Sólo muriendo Jesús podía ser eterno en la historia, pero esa muerte sólo es posible si se ha vivido. “El Acontecimiento de la ‘encarnación’ no es tanto el momento en el que la realidad temporal roza la eternidad, sino, antes bien, el momento en que la eternidad alcanza el tiempo” (Zizek 22). El Dios cristiano se vuelve, así, parte de la historia humana, y en esa corporalidad terrenal parece perder noción de lo eterno; o lo eterno parece tan ajeno que el propio Dios siente su propia ausencia. Para Chesterton, esto es una muestra de ateísmo. En ese grito al cielo en el que Cristo crucificado reclama a su Padre el haberlo abandonado, hay una negación, una ausencia. El ateo siente esa ausencia. Y aunque el *Padre* sea el vocativo de aquel llamado, no hay respuesta. Judas cae como Jesús en el ateísmo. “Dejemos que los ateos elijan un Dios. Encontrarán sólo una divinidad que haya traducido su desamparo; solamente una religión en la cual, por un instante, Dios pareció ser ateo” (Chesterton 79). El Dios cristiano es un dios silencioso. Por ello Judas nunca obtiene respuesta. La respuesta de Dios es lo que se necesita para recuperar la fe, la falta de respuestas, ese Dios callado y silencioso es el principal problema de la fe. Por eso Judas le exige: “¡Devuélveme la fe en el destino de los hombres! ¡Habla!” (Castillo, *El otro Judas* 48). Judas necesita la voz de Dios para recuperar la fe en ese mundo que Cristo

prometió. Al final parece obtener una respuesta, pero aquel que responde no habla, sólo da una señal.

JUDAS: No hablas. Tú también eres sordo y eres mudo. ¡Una señal, Padre, un signo, un símbolo! *(Se escucha un fortísimo trueno. Pausa. JUDAS ríe.)* ¡Ah, respondes! Era tu hijo, pues... ¡Asesino! ¡Filicida! Quiero una señal positiva. *(Las sombras han vuelto a insinuarse; los relámpagos se suceden con menos frecuencia. Judas ríe con extravío; hace ademán de cubrirse el rostro, y, al darse vuelta, repara en el trozo de cuerda. Se agacha a recogerla.)* Ésta es tu señal... ésta es tu señal... *(Se ha puesto de pie. Con la sogá en el puño, blandiéndola, hacia el cielo, dice:)* ¡He COMPRENDIDO! (50)

¿Es Dios el que envía esas señales o es todo producto de la perturbada mente de Judas? ¿Dios está allí o está en la mente de los hombres que interpretan los secretos del mundo como aquella voz que en realidad calla? Pero Judas de verdad ha comprendido. Ha comprendido su misión y ha comprendido que debe aceptar el rol que le toca, el de traidor. Su historia, la de ese otro Judas que pacta con Cristo, no debe ser contada. No hay testigos.

Hay oscuridad y se deja caer el telón en la obra. Todo es muerte. La muerte de Cristo que lo consagra a la eternidad. La de su traidor que toma esa sogá para convertirla en horca y liberarse de su culpa sin dejar testigos de aquel pacto. “La Iglesia universal sólo puede establecerse mediante la ‘traición’ de Judas y la muerte de Cristo. Lo cual equivale a decir que el camino hacia la universalidad pasa por la muerte de la particularidad” (Zizek 27).

Castillo agrega a su obra un “Apunte para una escena final”. En ella, dos niños hablan de un pájaro mágico inmortal. Uno se llama Saúl, el otro podría llamarse David. Ellos profesaron la esperanza en el Mesías que ahora es eterno en la historia.

Bibliografía

Castillo, Abelardo. Colectivo Imaginario. Especial Abelardo Castillo. con Canela. TN. 24 de Enero de 2016. Filmico. 12 de Febrero de 2016. <http://tn.com.ar/programas/colectivo-imaginario/colectivo-imaginario-24012016-bloque-1-especial-abelardo-castillo_649533?destination=programas/29>.

—. *El otro Judas*. Buenos Aires: Seix Barral, 2011. Impreso.

Chesterton, Gilbert Keith. *Ortodoxia*. Buenos Aires: Porrúa, 1998. Impreso.

Zizek, Slavoj. *El títere y el enano: el núcleo perverso del cristianismo*. Buenos Aires: Paidós, 2011. Impreso.

Lic. Prof. Dipl. María Virginia Ventura